





política, sin abandonar, por supuesto, á mis amados presbíteros, si bien trasladé su moralización desde el teatro al periódico, olvidándome por completo de los episodios supradichos.

Pero estrena ahora el Padre Sarmiento su drama *La Marquesa* en el teatro Principal de Valencia, prohíbe las representaciones el gobernador civil, y brota en mi cerebro la idea de reanudar mi campaña teatral contra los verdaderos causantes de todas las desdichas de España; mas al caer en la cuenta de que me falta tiempo para ello, exclamo entristecido: «¡Ah! Si hubiera guardado aquellas obras de anticlerical propaganda, las resucitaría ahora!»

Un rayo de la clara luz de la esperanza viene á iluminarme súbitamente, y revuelvo libros y papeles, suplico á mi memoria que se digne acorrerme, y ¡oh prueba palpable de que esta decisión en las alturas que yo ayude esa propaganda!, tropiezo con dos episodios, los titulados *Dios, Patria y Rey*, y *¡Ojo al Cristo!*; los leo, el amor de padre me ciega, y á los veintisiete años encuentro en mis hijos perfecciones que no había sospechado, y me decido á exhibirlos con mi nombre. Copio el primero á toda prisa, lo envío á Valencia, y á los seis ó siete días recibo este halagador telefonema:

«Nakens. Redacción Morin. *Dios, Patria y Rey*, gran éxito.»

¡Oh encanto! ¡Oh revelación hermosa! ¡Conque mis episodios merecían, en opinión del público del teatro Principal de Valencia, ser sacados de la oscuridad en que por más de un cuarto de siglo habían yacido? ¡Conque aquellos buñuelos que yo confeccionaba como quien hilvana, resultan escritos con *valentía y corrección*, según un periódico valenciano? ¡Conque todavía pueden sus frases levantar el espíritu liberal y hacer rugir de ira al carlismo?... ¡Imenso poder del genio! ¡Las obras que él produce son eternas, inmortales!... Como el vino, ganan con los años.

(Permitidme, amados lectores, que me haya esponjado neciamente en el párrafo anterior, que maldita la falta que hacía.)

Emocionado, fuera de mí, agarro el borrador, mándolo á la imprenta, componerlo, y hete ya á mi *Dios, Patria y Rey* impreso, deseando que las compaños de verso lo pongan en escena y las de aficionados les imiten, para ver si los liberales se alegran, los carlistas se indignan y los curas trabucaires rabian; y aun pudiera suceder que en algún punto contribuyeran á encender las nobles pasiones de la democracia, cubiertas con la ceniza de la indiferencia desde hace tiempo, y abrasar de nuevo los corazones de los buenos, animándolos para combatir al enemigo común.

Y como en muchos asuntos el caso es comenzar, he impreso también el episodio *¡Ojo al Cristo!*, de más efecto aún que el anterior, por cuanto colocó frente á frente á un cura tal como deberían ser todos, desinteresado, tolerante y humano, y á otro, que es como casi todos son, intransigente, aviricioso y carlista, resultando del contraste escenas cómicas de primer orden (¡alábase, Pepito!) que entusiasman al público de 1873, y que enloquecerían al de hoy, porque, como existe más fanatismo, más farsa y más hipocresía que entonces, resultarían los tipos de más actualidad y con más relieve.

Y para que no se me crea bajo mi modesta (?) palabra, copiaré un trocito de la escena culminante de la obra, con serlo todas tanto. La situación es esta:

El cura carlista (*don Antonio*) insulta al que no lo es (*don Fermín*), mientras se prepara á fusilarle, y éste, que le ha oído con mucha calma, le responde:

«DON FERMÍN

Aunque satisfecho estoy de lo fiel de ese retrato, escúcheme usted un rato; verá lo que también soy.

Un cura que no creía que su misión en la tierra fuese predicar la guerra á la grey que conducía, sino mantener la luz de la antorcha caridad que nos legó en su bondad aquel que murió en la cruz. Un cura que está indignado de ver que otros que lo son cubren con la religión un partido deshonrado, y que perdona y disculpa á muchos que la abandonan, porque los que la pregonan y no ellos, tienen la culpa. Un cura que siempre ha hecho de su ministerio alarde mas hoy se esconde cobarde bajo este sencillo techo, cual si este ropaje santo de los siervos del Señor fuese haca de deshonor manchada de sangre y llanto. Un cura que si creyera en el triunfo del carlismo, cogiera un fusil hoy mismo y á combatirlo saliera; porque los carlistas son los únicos que rebajan, al par que ofenden y ultrajan nuestra santa religión.

DON ANTONIO

¿Te atreves á condenar una guerra sacrosanta?

DON FERMÍN

La guerra nunca fué santa; dice el quinto: «no matar».

DON ANTONIO

¿Una guerra que defiende Caixal, illustre prelado?

DON FERMÍN

Ese obispo ha deshonrado lo que enaltecer pretende.

DON ANTONIO

¡Que tu lengua infame, impía, lo ultraje de esa manera!

DON FERMÍN

¡Si el Papa lo defendiera, al Papa condenaría!»

«Eh, qué tal? ¿Se explica que el público rugiese de entusiasmo al llegar aquí, y que pidiera, no la cabeza del autor, sino toda su persona, que nunca tuvo el honor de ver en las tablas? ¡Vaya si se explica! Pues bien: no obstante el gran éxito que este episodio alcanzó, tampoco me preparé á darle mi nombre, que ahora le pongo enterrecido.

También he encontrado otro episodio, titulado *Y dice el sexto mandamiento*, en el que hace, como es consiguiente, el gasto un cura carlista. Lo están componiendo y será impreso en la semana próxima, más para evitar quebraderos de cabeza al erudito que dentro de tres ó cuatro siglos pudiera encontrarlo y empeñarse en saber quién fué el insigne autor de esa obra maestra, que por suponer que hoy, dada la mogigatería en moda, pueda representarse. Figuran en él una muchacha inocente, de la que un cura facineroso está enamorado, una beata que ayuda al cura en sus pretensiones, y un niño de la Juventud Católica que á su vez persigue á la chica; y excusado es añadir que, á menos de falsear completamente los caracteres, la obra tenía que resultar un poquito picante; y al decir un poquito, tal vez peque yo de modesto en demasía ó de excesivamente pudoroso.

No sé si encontraré algún otro episodio del corte de los apuntados, pues como representarse, se presentaron algunos más, y siempre con éxito, dicho sea sin levantarme ningún falso testimonio; pero si no los encontrare, con esos tres, y el célebre *¡Alza pilili!* (también anticlerical) que corre impreso, y *El primer aniversario*, que anda asimismo en letras de molde, bastan para patentizar tres cosas:

Primera: que no andaba yo muy mal de condiciones para haberme dedicado exclusivamente á escribir obras teatrales.

Segunda: que siendo este género literario el único que da dinero en España, como negocio me habría tenido más cuenta cultivarlo, que no meterme en andanzas de política redentora sin aspirar á ninguna clase de medro.

Y tercera (y es la que importa dejar bien sentada) que mi campaña contra



el clericalismo data del tiempo aquel en que comencé a emborronar cuartillas. Amaba ya entonces la Libertad con tal vehemencia, que no desperdiciaba ocasión alguna de reventar á los que con más furor y constancia la odian y la combaten; habiendo aumentado este mi batallador anhelo á medida que he visto á liberales, demócratas y republicanos transigir con los que detuvieron á España en el camino de su regeneración, y han acabado por hundirla en el lodazal de todas las vergüenzas intelectuales, morales y físicas; lodazal en que tal vez se asfixie, si no tiene pronto un arranque de esos que elevan, engrandecen y dignifican á un pueblo.

JOSE NAKENS

1900

## Y DIJO: ¡MUI

Un marido de esos que dejan á su esposa entenderse con hombres de Iglesia en nombre de la libertad de conciencia, entró en su casa en Salamanca, y sorprendió á la suya entregada fervorosamente á cierta agradable ocupación con un fraile.

Cerró furiosa y denodadamente la puerta del cuarto, y corrió en busca de testigos que evidenciasen la piedad acendrada de su cónyuge y la sublime caridad del reverendo; ignorando ya si los presos se dijeron entretanto: «perdidos por uno, perdidos por mil», y aprovecharon el rato.

Difícil es emitir opinión en casos de estos: yo sospecho (salvo error de pluma ó pelo córneo) que no todos los católicos casados hubieran podido sustraerse á las excitaciones del cuarto pecado capital; antes creo que hubiesen tirado de estaca, navaja ó revólver, y...

Pero más vale que haya ocurrido como lo he relatado; de esta manera ha cumplido ese modelo de prudentes con el precepto de sobrelevar con paciencia las flaquezas del prójimo (aunque aquí más parecieran fortalezas), y evitado un escándalo que acaso redundara en desprestigio de los siervos de Dios.

Bien mirado, los maridos ortodoxos no tienen derecho á tomar esos incidentes por lo trágico. Saben, por la tradición y por la historia, cómo las gastaban en este punto los frailes de antaño; y como los de hogaño no dan motivo para que se dude de sus bríos cuando de arremeter hembras se trata, claro es, que en buena lógica, no puede exigírseles que tengan más vergüenza.

Así, á echarle tierra al asunto, y al que un fraile se los dé, un cura se los bendiga.

O viceversa...

JOSE NAKENS

1901

## La corrupción

Don Facundo y su señora han tomado la manía de endilgarme cada día un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos con el tema socorrido de que el mundo está perdido y olvidado ya de Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer irritado don Facundo). ¡Vea usted cómo está el mundo!

—¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor.

¡Atravesando una crisis hasta que muera de tisis y... otra enfermedad peor!

La política, una farra donde triunfa el más tirano, mientras el pueblo pagano hace el papel de comparsa.

Los negocios, son chanchullos: las posiciones, compradas; las amistades, bobadas; las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión; en cada casa, un bañén; siempre sospechoso el bien, siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad, porque eso va siendo viejo; puesto que el arte espejo que pinta la sociedad,

vea usted cómo está el arte, y dígame francamente si una persona decente va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias, sandeces, majaderías que llaman pornografías por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto de detalles fílos, sosos, cuando no son asquerosos el estilo y el asunto.

Pues ¡y la conversación? ¡Puedo yo, vamos á ver, ir con mi pobre mujer á ninguna reunión?

¡Para qué, si se ha de hablar del novio de la vecina, de maridos en berlina, de amores de lupanar, todo con aditamentos de anécdotas al oído, frases de doble sentido y chistes como pimientos?

¡Hombre! Ni puede siquiera salir mi esposa á la calle, porque ha tenido buen tallo y ha sido muy retrechera, y da la casualidad de que hay siempre un descarado que, sin ver que estoy al lado, le dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso de la vanidad traidora, porque la pobre señora está asegurada de eso.)

—Perdone usted, don Facundo, dije, calmando su ira; aunque parezca mentira, voy á defender al mundo.

—¡Imposible! —No, señor. Ello no está bien, verdad; pero no veo otra edad en que haya estado mejor.

Larra, en distintos papeles, se quejaba á todas horas de las mujeres traidoras, de los amigos infieles, del triunfo de la osadía, de la política artera, y de que tan sólo hubiera honor de guardarropía.

¡Más atrás? Pues don Ramón de la Cruz, en sus sainetes, pinta tunos mozabetes, doncellas de relumbrón, manolas cuyos cortejos convidan á los maridos, el cinismo en los perdidos, la hipocresía en los viejos...

¡Más atrás? Lope de Vega, Calderón, Moreto, R jas, llenaron hojas y h jas con amoríos de pega,

damas de virtud dudosa, galanteos indecentes, ¡las aventuras corrientes entre el amante y la esposa!...

Pues ¡y Quevedo? ¡Pero, hombre, si nos deja tamañitos, porque llama en sus escritos á las cosas por su nombre!

¡Más atrás? La tiranía: por dinero los honores, con queridas los señores, la plebe una porque ía.

¡Mucho más atrás? Pues bien, ¡Roma! La reina del mundo... Repare usted, don Facundo, en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales, la fuerza en sus formas rudas... ¡y las mujeres desnudas sobre los carros triunfales!

¡Más atrás? ¡Voy á Israel! Vamos. El pueblo escogido que estaba tan corrompido que Dios no pudo con él.

Y conste que lo atestiguo con verdades como templos, ¡Porque está lleno de ejemplos todo el Testamento Antiguo!

¡Más atrás? ¡Pues aunque corra esta sociedad perdida, no podrá estar en su vida como Sodoma y Gomorra!

¡Y antes del diluvio? ¡Nada queda igual ni por asomo! Porque, dígame usted, ¿cómo estaría la jugada

cuando no pudo pasar, y el mismo Dios de Sión tuvo que echar un borrón para volver á empezar?

Y habiendo así terminado aquella broma pesada, me marché sin oír nada, creyendo dejar probado á don Facundo y señora, sobre todo á don Facundo, que jamás ha estado el mundo menos perdido que ahora.

SINESIO DELGADO



# Cine clerical

## ¿ES LICITO MENTIR?...?

—Padre, vengo á confesarme.  
—Eso me gusta, hija mfa. Señal de que es usted buena cristiana y cumplidora de sus deberes religiosos.

—Bueno, precisamente á confesarme, no; pero necesitaba consultar una duda, pedirle un consejo.

—Diga, diga...

—No sé cómo empezar.

—No tenga reparo... Aquí no nos oye nadie más que Dios.

—¿Es lícito decir mentiras? ¿Se puede hacer esto sin pecar?...

—La pregunta no deja de tener sus lados oscuros, mejor dicho, la respuesta. Así, en tesis general, la mentira nunca es lícita. Usted ya sabe que la prohíbe el octavo mandamiento; ahora, que hay mentiras, y mentiras, como son, por ejemplo, las exageraciones, lo que se dice por broma, por divertirse; y hay mentiras perniciosas que perjudican al prójimo.

—¿Y todas las mentiras son pecado?

—Sí, todas; aunque más ó menos grave, según el daño que causan. La mentira se opone á la verdad y al fin de la palabra, cuyo uso se nos dió para comunicar nuestras ideas y no para engañarnos unos á otros.

—Entonces, una mentira es...

—Decir lo contrario de lo que se piensa, con intento de engañar al prójimo.

—¿Y si la mandan á una mentir?

—Pues no se debe obedecer, por que antes que obedecer á los hombres hay que obedecer á Dios. Pero, ¿á dónde va usted á parar? Hable claro de una vez.

—Pues mire usted, Padre. Yo estoy de sirvienta en la lechería del 14 de esta calle...

—¿En casa de doña Irene?

—La misma.

—¡Buena señora! Algunas veces he ido por allí á tomar chocolate.

—Bueno; pues yo estoy en esa casa, y yo estoy siempre diciendo mentiras por encargo de doña Irene. Aquel chocolate que vende á cuatro pesetas, es de mendrugos de pan y de cascari-lla de cacao. La leche está desnatada, y le echa unos polvos que le vende un químico alemán, que, con una cajita y agua, hace más de treinta litros de leche que no ha salido de la vaca.

—¡Virgen Santísima!

—¡Pues aun hay más! Aquella man-tequilla que la parroquia encuentra tan rica para las tostadas, se la traen de donde llevan á enterrar los anima-les muertos, y además tiene margari-na; ¡la mar de porquerías!

—Bueno, pero esas son faltas de su ama.

—Y más, porque ella me obliga á que le diga á la parroquia que todo es muy bueno y de primera, y todo eso es

mentira; que la manteca viene de Ho-landa, que el chocolate es de los Pa-dres Tramosos...

—Trapenses, querrá usted decir.

—Bueno, como sea; y todo eso es mentira. Y es lo que yo digo; aunque sea mandada, yo me hago cómplice de estas mentiras, y estoy cargando mi alma de pecados; porque todas es-tas porquerías que vende y hace pasar por buenas, perjudican á la salud y al bolsillo del prójimo. Mire usted, el otro día se cayó una rata en la leche, y en la chocolatera había dos escara-bajos; pero se quitaron, y se sirvió al público.

—Calle, hija, por Dios, que me está usted levantando el estómago. Sí, sí; comete usted muchos pecados; váya-se de esa casa y no se haga reo de las mentiras de otras.

—Así lo haré, Padre.

—¡Vaya con doña Irene! Y parecía una santa. ¡Cualquier día vuelvo yo á tomar leche en su casa!

—Créame usted, Padre; no se pue-de de una fiar de nadie.

## FRAY GERUNDIO

### Amigos que han enviado cantidades para ayudar á EL MOTIN

Angel L. Rasines, 3 pesetas; César Castresana, 2; Lorenzo de Benito, 2; Dionisio Pérez, 1; Gregorio Barrio, 2; Segundo Marzana, 1; Benito de Mi-guel, 5; Valentín Montaner, 1; Julio Gáinzarain, 2; Eugenio San Vicente, 0'50; Tomás Acebal, 1; Cipriano Ma-rin, 2; Félix Iriarte, 2; Victoriano La-za, 10; Lucio Garcandía, 2; José Cas-tresana, 5; Alfredo Donnay, 5; Agus-tín Marcos, 5; Tomás Osés, 1'25; Am-brosio Coteló, 1'50; Manuel Naya, 2; Benito García, 1; Teófilo Martínez, 5; Manuel Díaz de Junguitu, 1; Teodoro González de Zárate, 2; Marcos Fer-nández, 5; Florencio Gutiérrez, 1; Gregorio González, 1; Castor Santa-maria, 1; Pedro Peña, 2; Hipólito Ruiz, 2; Daniel Añua, 1; Félix Mencía, 1; Dionisio Sáez, 0'50; Julián Sáez, 0'50; Nicasio Montaner, 1; Luis Mar-tínez, 0'50; Pablo Domené, 1; Adolfo Ortiz, 1; Asensio Carriedo, 1; Clemen-te Angulo, 1; Jesús López, 1; Samuel Bermejo, 10; Honorato Gáinzarain, 0'50; Félix Pérez, 1. (Todos de Vito-ria.) Julián Mora, de San Vicente Son-sierra, 2. Total 101'25 pesetas.

Sebastián Rodríguez, 8 pesetas; Ma-nuel Ortín, 1; Manuel Montoya, 6; Jo-sé Serós, 3; Benigno Puertas, 3; José Betive, 3; Pablo Arantequi, 3; Domín-go Arribas, 6; Antonio Tausin, 6; Si-món Martínez, 6. (Todos de Zaragoza.)

Luciniano Acitores, Villarejo, 3 pe-setas; Estanislao Pastor, Villanueva, 4; Ramón Beade, Betanzos, 1; Juvén-tud R. Radical, Sabadell, 68; Bernardo Gal, Irún, 5; Alfredo Campos, Madrid, 2; Varios admiradores de Nakens, Te-

ruel, 115; Jasto Andina, Vegadeo, 3; «Ecos Vegadenses», id. 31; Eusebia Huarte, San Sebastián, 8.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Aldea Moret.—Florentino Muñoz, abonada su suscripción á fin Diciem-bre 1925.

Torrelavega.—Pedro Compostizo, id. á fin Diciembre 1925.

Villanueva.—Estanislao Pastor, id á fin Julio 1925.

Betanzos.—Ramón Beade, id. á fin Junio 1925.

Valdepeñas.—Ramón Galán, id. á fin Diciembre 1925.

Zaragoza.—Teodoro Fernández, Ruperto Alarcón, Venancio Sarria, Sebastián Banzo, Mariano Joven, José Sanz, todos á fin Diciembre 1925.

Idem.—«Peña Costista», id. á fin Fe-brero 1925.

Neda.—Manuel Gómez, id. á fin Marzo 1925.

Mercedes.—Catalino de Ecenarro, Mariano Pellejero, Eusebio A'faro, Tomás Literas, Juan Eiras, José Ma-rías, Vicente García, Miguel Mangado, José Alvarez, Luciano Bengoechea, todos á fin Diciembre 1925.

Camponaraya.—José López, id. á fin Diciembre 1925.

Martos.—Juan González, id. á fin Diciembre 1925.

Cazalla.—Adelardo Lucena, id. á fin Marzo 1925.

Idem.—Hilario Brito, id. á fin Di-ciembre 1925.

Vegadeo.—Jasto Andina, id. á fin Diciembre 1925.

Requena.—Luis Roda, id. á fin Ene-ro 1926.

San Sebastián.—Eusebia Huarte, id. á fin Marzo 1926.

Santa Cruz de la Palma.—Ernesto Méndez, recibido su giro de 5 pesetas; conforme.

Irún.—Bernardo Gal, id. de 116; conforme.

Utrique.—Sixto Bohorquez, id. de 46 á su cuenta.

Sabadell.—Juan Torres, id. de 100 á su cuenta.

La Felguera.—Fernando Velasco, id. de 50 á su cuenta.

Alayor.—Rafael Juanico, id. de 50 á su cuenta.

Salas.—Luis Rodríguez, id. de 5; conforme.

Carlet.—Jaime Cabrera, id. de 120; conforme.

Palma de Mallorca.—Mateo Martín, id. de 75 á su cuenta.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publi-que en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.